

(A continuación publicamos esta novela corta cuyo ejemplar llegó hasta nuestras manos. Su título original el cual figura en la portada es "Historia de las desdichas del Corregidor de Almagro" (cuatro pliegos), consta de dos capítulos. Este ejemplar fue distribuido por un Despacho de Madrid en la calle M. Servet, 13 y aparece firmado por Joaquín Minesa Picaso, se supone que sería su propietario. A continuación reproducimos el Capítulo I).

EL CORREGIDOR DE ALMAGRO

(CAPÍTULO I)

En el que presentamos a nuestros lectores al Corregidor de Almagro

La aldea del Rosal era, en la época a que nos referimos, una de las más ricas, fértiles y tranquilas de la Mancha, debiendo su tranquilidad a ser uno de los pueblos por entonces enclavado en la jurisdicción de Almagro.

Hacia algunos años que se había establecido en la aldea un hidalgo, alférez de nuestros tercios, que peleó con bravura en Flandes, hasta que, cubierto de gloria y de heridas, tuvo que retirarse, por serle imposible continuar resistiendo las penalidades de la guerra.

El hidalgo sostenía su rango y el de su hija Gabriela, hermosísima joven que apenas contaba veinte años, con la soldada que le señalaran como inutilizado en campaña y con los modestos bienes que le dejara su mujer a su fallecimiento.

Por distintas causas, que más adelante conocerá el lector, habían llegado casi simultáneamente a la aldea el duque del Rosal, señor poderosísimo de la misma, y el marqués de la Rivera, sobrino de D. Gaspar de Zúñiga, favorito del Rey, o, mejor dicho, Rey de España, gracias a la incuria y abandono en que tenía a sus reinos el señor Don Felipe IV.

El primero procedía del Perú, donde había desempeñado el oficio de virrey, que abandonó, según decía; a causa de la muerte de su esposa e hijo, que fallecieron de la peste negra, para tomar posesión de la inmensa fortuna que aquélla poseía en el pueblo, y que le fue otorgada previa presentación de los documentos justificativos.

El marqués, pariente cercano de la mujer del duque, receloso de la desaparición de aquella parte de su familia, uno en pos de otro, en brevisimo plazo, se presentó con el objeto de depurar los hechos hasta la saciedad, puesto que el duque, a quien conocía demasiado, sabía que era un canalla, capaz de cometer un crimen fiado en la impunidad de su título y de su inmensa fortuna.

Así las cosas, y odiándose a muerte ambos nobles, el duque se enamoró de una manera sensualísima de la hermosa Doña Gabriela, hija del hidalgo, a quien requirió de amores de una manera tan poco respetuosa, que la virtuosa doncella le rechazó indignada, devolviéndole sin abrir cuantas cartas hacía que llegase a su poder.

En cambio se había enamorado perdidamente del marqués, que se había hecho grande amigo de su padre para pedirle la mano de su hija, a la que adoraba con toda su alma.

Un hecho de foragido, llevado a cabo por el duque, puso al buen hidalgo, que era muy puesto en puntos de honra, en conocimiento de estos amores, que por poco cuestan la vida a Doña Gabriela, si no acomete a su padre, loco de indignación, un ataque cerebral.

Veamos lo que había hecho el duque, exasperado por la preferencia que le había dado a su rival el marqués, que, además de haberse interpuesto entre él y Doña Gabriela, estaba en vías de probarle que su mujer y su hijo existían, y que los documentos que había presentado eran de notoria falsedad.

El duque tenía la certeza de que poniéndose en armas frente a frente del marqués, no conseguiría otra cosa que atrapar una buena estocada.

Apeló en su desesperación a la calumnia para hacer imposible el casamiento del marqués con la hermosa Doña Gabriela.

Una bruja, que pasaba en el pueblo por santa, y que le servía en todo género de malas artes, se encargó de extender por el pueblo que la hija del hidalgo era la querida del duque; y que no queriendo éste casarse con ella, Doña Gabriela apelaba al recurso de engañar al marqués de la Rivera.

Esta calumnia se creyó por muchos, porque el corazón humano incurre en la debilidad de